

Estas escuelas, que nada creen y que rinden un culto pertinaz y obcecado al *acaso*, han trastornado más de una vez con sus insensatas predicaciones el orden de la sociedad, inoculando á las clases laboriosas y honradas un virus malféfico, que desgraciadamente se ha desarrollado con poderosa intensidad y ha producido en nuestros días grandes estragos y sangrientos episodios. ¡Ah! Los hombres dignos y virtuosos, los ciudadanos pacíficos y laboriosos, los buenos y amantes padres de familia tiemblan sólo al recordarlo, y la sociedad en general se aterra al contemplar que el vértigo demoledor y sanguinario no ha cesado, y el espíritu destructor pulula latente en el pecho de muchos desdichados.

El fermento vandálico no se extingue, por el contrario, existe y aumenta con la mayor audacia en medio de nuestra sociedad agrícola, productora y fabril; la ojeriza al sentimiento religioso no ha cesado, y el furor, por algún tiempo reprimido, asoma de nuevo su faz deforme y espantosa para renovar los excesos y sangrientos episodios de devastación y muerte. El nihilismo y la anarquía bajo distintas formas han probado otra vez su atrevimiento contra personas y propiedades; el mal ha tomado creces de día en día ocultándose con refinada hipocresía y empleando una astucia audaz y diabólica. El virus se ha inoculado por muchos pueblos de Europa y desgraciadamente comienza á manifestarse; los acontecimientos del distrito minero de Montceau y los de Lyon (Francia), los de Andalucía (España), y los de Inglaterra, Alemania, Rusia é Italia son pruebas irrefragables de cuanto decimos: la sociedad debe despertar de su indiferencia, siquiera sea para evitar mayores desgracias. El socialismo con distintas formas se inocular en la clase obrera con los nombres de nihilismo, fenianismo, socialismo propiamente dicho, anarquismo, mano negra, y bajo otros diferentes epítetos ha pasado de la discusión al hecho, de la academia al asesinato, al incendio, á la destrucción. Esta enfermedad grave podría paliarse con acertadas medidas económico-administrativas.

Oigamos por un momento la autorizada voz del Príncipe de los Apóstoles, el virtuoso y sabio León XIII, siendo todavía arzobispo de Perusa: «¡Cuán bello y majestuoso aparece el hombre cuando se apodera del rayo y lo hace impotente á sus piés; cuando llama la chispa eléctrica y la envía mensajera de sus voluntades á través de los abismos del Oceano más allá de las montañas abruptas y por medio de las llanuras interminables! ¡Cuán glorioso se presenta cuando ordena al vapor que le conduzca con la rapidez del rayo por mar y tierra! ¡Qué poderoso, cuando, merced á los procedimientos industriales, aumenta su fuerza y la conduce por senderos maravillosos combinados para producir el movimiento y para que la inteligencia diga á la materia bruta: *Mira como soy un destello del Criador, y que con mi luz disipo las tinieblas de la noche.*»



## CAPÍTULO XIX

### LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

Y LA CIENCIA PREHISTÓRICA

Opinión del Sr. Haeckel.—Primera idea sobre la descendencia simia del hombre.—Las dos escuelas darwinistas.—Reflexiones.—Origen y antigüedad del hombre.—La geología, la paleontología y la Biblia se abstienen de señalar con guarismos esta antigüedad.—El hombre en el período cuaternario.—La embriogenia.—La lingüística y la etnografía.—Unidad del lenguaje.—Exploración de las cavernas.—La cueva de Altamira en la provincia de Santander.—La cueva de los Murciélagos en las Angosturas de Albuñol, provincia de Granada.—Viaje del autor á Albondón y verdadera exploración á la llamada cueva de los Murciélagos.—Conclusión.



PUEDEN cambiar con frecuencia las clasificaciones de los naturalistas siguiendo el desarrollo progresivo de la ciencia, y en algunos casos las opiniones particulares de los sabios autores á ella consagrados. La especulación científica, dirigida desgraciadamente muchas veces por el interés de partido, ha servido de móvil á estas grandes divisiones sistemáticas, las cuales pretendieron variar el rumbo que la humanidad tenía emprendido. La Naturaleza, por otra parte, no ha hecho clasificación alguna; todas son artificiales y están destinadas á facilitar el estudio. Las últimas que se han dado á conocer varían por su esencia, y algunos profesores distinguidos han aceptado el *reino hominal*: nada más justo, razonable y científico. Haeckel nos ha hecho conocer también sus aspiraciones taxonómicas.

El ilustrado y profundo químico, jefe de la escuela francesa, el señor Dumás, nos ha recordado con gran oportunidad, que el célebre Haller había criticado al gran Linneo por haber mezclado en sus clasificaciones al hombre con los animales, sosteniendo que debía formar un reino aparte, el *reino hominal*. Aquella justa crítica está ya subsanada por el señor de Quatrefages.

El ilustre Haeckel, á quien ya conocemos, ha presentado hace pocos años una nueva clasificación del reino animal, del todo distinta de las que los na-

turalistas tenían aceptadas. En ella, aseguran sus amigos y apasionados, se halla confirmada con mayor precisión la descendencia simia del hombre. El estudio de la embriología ha conducido al sabio alemán á establecer como principio incontrovertible, que todos los organismos tienen su punto de partida en un *huevo*; y bien se considere por lo que respecta á los vegetales, ya porque se aplique á los animales, este huevo está representado por una *célula* simple, que no es otra cosa que una masa compuesta de materia albuminosa, ó albuminoide que contiene en el interior otra más pequeña llamada *nucleus*. Idea sobre la cual tenemos hechas algunas indicaciones. Todo sér organizado viene de un huevo, dice también la escuela de Darwin, y Cl. Bernard dijo: El huevo es la primera condición de la ley orgánica que preside á la evolución de todo sér vivo... es, sin contradicción, el más maravilloso de todos los elementos histológicos; porque le vemos reproducirse en series completas de organismos perfectos.

El señor Hartmann, para demostrar que la teoría de la descendencia no es admisible bajo ningún concepto, presenta dos proposiciones que considera fundamentales é indestructibles; tales son, *omne vivum ex ovo; omne ovum ex ovario*. Empero, el señor Schmidt no las considera tan firmes y bien cimentadas, que no puedan rebatirse victoriosamente.

Harvey parece fué el primero que dijo: *Omne vivum ex ovo*. Otros atribuyen este axioma á Haller, que lo formuló en forma de adagio.

Stenon después añadió: *todo huevo viene primitivamente de un ovario*.

La célula, como veremos, aumenta de volumen; se multiplica por segmentación, y de aquí provienen aglomeraciones que por medio de la división del trabajo y la localización de las funciones, producen las formas diversas de los vegetales y animales. Cuando los adversarios del transformismo, dice este sabio, encuentren una explicación plausible que demuestre, que después de tantos millones de siglos los organismos más complicados han salido de otros muy sencillos, se les responderá, que este milagro se verifica todos los días, á cada instante, hasta en nuestra presencia y en un tiempo infinitamente más corto. El desenvolvimiento embriológico no es más que la recapitulación sumaria del desarrollo paleontológico; de manera, que el óvulo humano en los nueve meses de la gestación, recorre el sinnúmero de evoluciones que ha experimentado la célula para llegar á la humanidad. Para aquellos que admiten las transformaciones bruscas y repentinas, será muy fácil dar á conocer la aparición del hombre entre los otros seres de la creación. De todos modos, nos parece aventurada esta proposición.

Lamarck fué el primero, que sepamos, que tuvo la chistosa ocurrencia de dar al linaje humano un mono por ascendiente. Esta idea singular, aceptada

después por otros sabios, ha adquirido un carácter formal y científico; pensamiento que ha sido explotado con siniestra intención, creyendo hallar datos para combatir la Revelación divina y la fe religiosa de los pueblos cristianos. Por medio de la anatomía comparada, algunos observadores han querido probar la perfecta semejanza de ciertos monos con el hombre, y no pudiendo armonizar la especie simia más perfecta con el hombre abyecto é incivilizado, confiesan con convencimiento íntimo, que el reino hominal proviene de una especie antropóidea ya extinguida. El profesor Haeckel sin escrúpulo alguno ha aceptado esta idea, designando al tal antropóideo con el nombre de *Pithecanthropo* ú hombre mono.

La clasificación de los reinos es una cuestión de morfología, y la ciencia sólo da leyes que son invariables. La Naturaleza presenta formas fisiomórficas en el reino mineral, fitomórficas en el vegetal, zoomórficas en el animal, antropomórficas en el hominal, cosmomórficas en el sistema solar. Averiguar las fuerzas ocultas que animan á todas estas formas y las leyes que gobiernan sus movimientos, son las aspiraciones incansables de las ciencias exactas, físicas y naturales.

El señor Owen dió á conocer en el cerebro del hombre dos caracteres diferentes que lo distinguen de los que pertenecen á los demás animales y á pesar de la polémica á que dió lugar este descubrimiento, siempre resultó que el cerebro humano se conoce por el mayor desarrollo de la materia gris. Por otra parte, el señor Bianconi ha dicho, que la capacidad del cráneo humano aumenta de una manera extraordinaria con la edad, mientras que en los cráneos de los antropóideos este aumento es insignificante.

La embriología con su célula germinativa ofrece solamente un huevo, según tenemos indicado, que es igual para todos los vertebrados, incluso el reino hominal, como dicen los profesores de esta ciencia. Estos autores sostienen que el huevo en las distintas fases del desarrollo presenta iguales alteraciones, hasta el punto de confundirse unos con otros. En el capítulo anterior hemos dado ya á conocer las opiniones juiciosas y razonables que nos parecen admisibles sobre esta materia. Sin embargo, decimos nosotros, á pesar de todo y del microscopio, sale de uno de estos gérmenes imperceptibles un sér humano, de otro un animal simio, de aquel un perro, de esotro un caballo, ú otro vertebrado diferente. ¿No enseñan los mismos trabajos de Huxley lo aventurado de sus proposiciones y la ineficacia de los medios embriogénicos? Veamos lo que este profesor ha consignado en su libro sobre las *Ciencias naturales y los Problemas que ellas hacen surgir*, (traducción del inglés, París, 1877), á pesar de ser un partidario acérrimo de la evolución y el transformismo. «La estructura de cada animal está muy bien definida, y marca de un modo preciso,

que en el estado actual de nuestros conocimientos, no puede alegarse ninguna forma como prueba de transición de un grupo á otro, de los vertebrados á los anélidos, de los moluscos á los celenteros; lo mismo hoy que en aquellas épocas de las cuales la geología estudia sus anales.»

Y después de esta franca y leal declaración, que por cierto no ha de gustar á los darwinistas, añade: «No obstante, no vayáis á creer, que si estas formas de transición no existen, los animales que entran en los diversos cruzamientos carezcan de relación entre sí y sean independientes. Al contrario, en su primer estado todos se parecen, y los gérmenes primordiales del hombre, del perro, del ave, del saltón, del caracol, del pólipo, etc., sólo se distinguen unos de otros por su carácter esencial de estructura.»

Noté el ilustre Profesor y tenga en cuenta, que todos estos gérmenes carecen absolutamente de estructura morfológica, y de aquí el que no se puedan observar las diferencias que se descubren cuando aquélla existe. Y nótese también, que el huevo de un animal dado, jamás da origen á otro sér diferente; así el huevo de paloma no produce por cierto un águila ni un perro; ni de un grano de trigo nunca ha salido cebada, avena, ni judías. El microscopio en medio de los importantes servicios que tiene prestados, es del todo impotente para estas observaciones embriológicas.

El hombre nacerá bajo las mismas leyes que Dios estableció para los seres dotados de vida y en general se presentarán fenómenos parecidos en todos los vertebrados; pero de esto no podrá deducirse en buena lógica, que el hombre sea un mono perfeccionado. El óvulo de un simio nunca, jamás, podrá ser el de un hombre, ni mucho menos el de éste dará por resultado un gorila ó un chimpancé. Si estas diferencias son elementales ó químicas, sea en buen hora; pero siempre escapan á la perspicacia de los sabios, aun cuando sus estudios estén auxiliados por las curiosas investigaciones de los señores Huxley y Haeckel. La ley de la animalidad antes formulada, diciendo, *todo animal viene de un huevo, todo huevo viene primitivamente de un ovario*, en nada altera el orden constante y fenomenal del desarrollo embriogénico.

En buen hora que la teoría explique según sus principios las evoluciones embrionarias que dan á conocer la formación de la membrana blastodérmica con su marcha embrionaria y las envolturas blastodérmicas hasta la línea primitiva; empero es lo cierto, que allí existe la *vida*, y nadie, absolutamente nadie puede decir cómo ha tomado origen ni cómo se ha formado y se ha desarrollado. Y si bien el señor Giebel ha demostrado que los embriones de todos los vertebrados se confunden entre sí, como todos los observadores repiten en coro, esto prueba más y más nuestra ignorancia; porque mientras para el instrumento amplificador todos presentan los mismos caracteres y hasta son

iguales, lo cual manifiesta que el microscopio no resuelve la cuestión, el uno da un ave, el otro produce un elefante ó un mono. Allí, en aquella célula donde el microscopio nada percibe de real, está contenido el hombre, el animal más diminuto ó la planta rudimentaria.

El sabio antropólogo señor de Wierchow, en el congreso de naturalistas congregado en Mónaco en 1878, dijo de un modo solemne: «Si algún día consiguiese algún profesor demostrarme que el hombre cuenta entre los vertebrados algún precursor, no por esto me espantaría ni me sentiría maravillado. Bien sabéis que la antropología es ahora mi estudio favorito. Pero también declaro, que todos los adelantos positivos que hemos conseguido en los dominios de la *Antropología prehistórica*, nos alejan siempre más y más de la prueba de semejante parentesco.»

El feto humano en cierto estado de su desarrollo, tiene á simple vista y aun examinado con lentes ó con el microscopio, una semejanza pasmosa con el feto del perro cuando sigue su estado evolutivo; pero esto no quiere decir que sean idénticos. Ambos se separan y cada uno adquiere las formas peculiares á su especie. Ni aun la animalidad presenta iguales fines de desarrollo; esto dice á grandes voces, que somos unos miserables pigmeos cuando queremos penetrar ciertos secretos, que estamos henchidos de vanidad, incapaces de descubrir los arcanos del organismo, los misterios de la animalidad, ni los secretos de la vida.

Los grandes hombres llegan algunas veces á ofuscarse, hasta el punto de fantasear las extravagancias más raras que hayan podido imaginarse; pero es el caso que las presentan ataviadas con las galas de la ciencia y de la literatura, ofreciendo un conjunto que atrae y seduce por las apariencias de verdad con que se hallan revestidas. Se pretende por el ilustrado señor Haeckel que en el hombre existe el rudimento de la cola, representado por las últimas vértebras caudales, y asegura que dicho rudimento es visible en los dos primeros meses de la vida intrauterina, atrofiándose luego por completo. En el estado embrionario, cuando ni la vista ni el instrumento óptico nada alcanzan y todos presentan igual aspecto, se quiere ver el rudimento de la cola, y el observador se contenta en buscar símiles que fijen la idea; pues ya que no puede otra cosa da á conocer semejanzas que no existen, sin embargo de disponer de excelentes medios de exploración.

Entonces, ¿cómo se explica aquella recapitulación embriogénica del óvulo que representa todo el desarrollo paleontológico? Por esto, quizá, se haya dicho, que los embriones humanos y los del perro sólo hasta la cuarta semana del desarrollo conservan mucho parecido, y esto se ha explicado por la *animalidad*, de la cual se ha hecho al hombre el representante genuino.

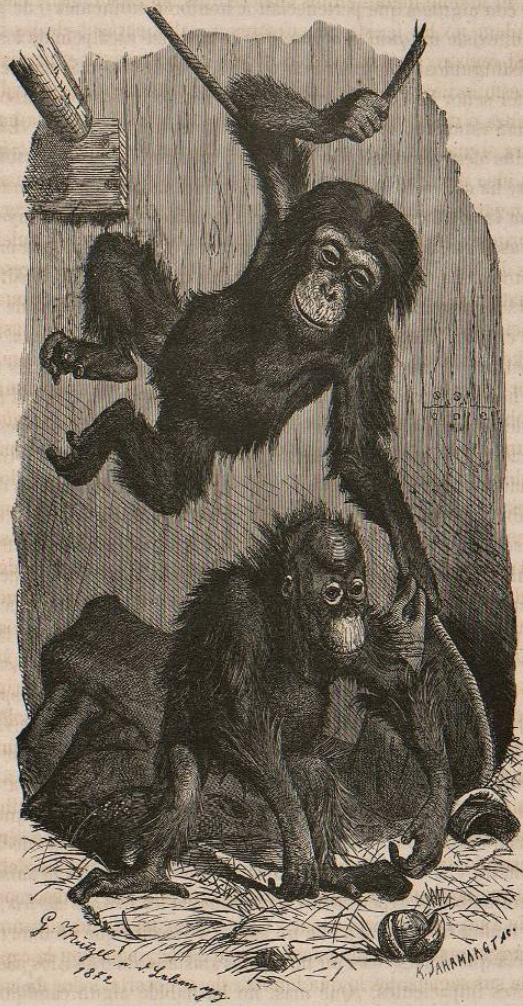
Y bien ¿qué dice á todo esto la paleontología? Nada; absolutamente nada. Los hombres con cola no se han encontrado aún, ni en los soñados *tercerarios*, ni mucho menos en los cuaternarios, en estado fósil; luego no han existido. Adam no ha tenido precursores y salió perfecto de las manos del Creador. El registro geológico, se dirá por los positivistas y monistas, es incompleto; esto indicará que todavía podrán encontrarse estos individuos; será una esperanza ó mejor una ilusión; pero no una realidad. Nada hay más socorrido para el materialismo científico y el unicismo que las *posibilidades*.

Es una idea peregrina recurrir á los órganos atrofiados para insistir en la soñada semejanza y en las poéticas formas que se hacen recorrer al *huevo* desde su primera evolución hasta la tumba. Dígase lo que se quiera, ciertos fenómenos de la vida serán siempre enigmáticos para los profesores consagrados á la anatomía, á la historia natural y á la antropología, aun cuando para su explicación lleven los respetables nombres de sabios tan ilustres como Darwin, Oken, Huxley, Schaaffhausen y de otros no menos distinguidos.

El señor Schaaffhausen es de opinión, que los intereses espirituales y morales de la humanidad en nada se resienten en admitir *como posible*, que el espíritu humano se haya elevado desde el estado de animalidad más grosera hasta el sublime grado de inteligencia en que le vemos. Este atrevido sarcasmo tampoco resuelve el problema, y en medio de la ignorancia en que se halla envuelto semejante aserto, cuando este sabio pretende velar con una suposición capciosa la obra más perfecta de la creación, acude con el mayor desenfado á las socorridas *posibilidades*, que nada enseñan y sólo recuerdan que el transformismo no es compatible con las leyes de la Naturaleza. Nosotros en todos estos estudios sólo notamos conjeturas, suposiciones, hipótesis con sus correspondientes salviedades, basadas todas en que los organismos se dirigen hacia una perfección siempre creciente; pero de ello no se presenta un solo ejemplo.

La anatomía comparada demostrará toda la semejanza que se quiera entre el cerebro humano y el de un antropóideo; pero es lo cierto que, á pesar de tener en la apariencia la misma estructura, no será jamás susceptible de desempeñar las funciones de aquél; es decir, que nunca alcanzará á ser un hombre, aun cuando traigan de los cabellos algunas genialidades debidas á la educación, que por esmerada que haya sido, el resultado no discrepa del que corresponde á un animal irracional. El hombre, ha dicho el señor Bonald, nace con la ignorancia de todo cuanto puede saber; pero con la capacidad de aprender de sus semejantes lo que ignora, de conocerlo todo, de conocerse á sí mismo y transmitir sus conocimientos á otros seres de su especie. El bruto, por el contrario, nace instruido de cuanto tiene que saber y hacer; pero incapaz al propio tiempo de ir más lejos. El animal nace finito, el hombre perfec-

tible, y, según el gran Bossuet, puede llegar hasta el infinito. El perro y el mono, hace notar De Maistre, se acercan á la lumbre y se calientan con placer,



Simia troglodytes.—Simia satrus.

lo mismo que nosotros; pero jamás aprenderán, ni se les ocurrirá echar un tizón sobre las ascuas para prolongar y sostener el fuego... Preciso será que el

materialismo y el monismo moderno depongan las armas, porque tienen que confesar que el cerebro humano, aun cuando tenga menos peso, como se ha observado con algunos que pertenecían á hombres eminentes ó de gran valor y heroísmo, existe un *quid pro quo*, que escapa del escarpelo de los anatómicos más distinguidos y del microscopio de los profesores más eminentes.

El Doctor señor E. Fournié, que, como tenemos indicado, es uno de los sabios que han estudiado el cerebro con más detenimiento, dice: «La Toda-potencia divina después que hubo creado el mundo con la inmensidad de sus fenómenos, ha colocado debajo la bóveda craneana del hombre un órgano dotado de una facultad extraordinaria é incomparable, que lo constituye en estado de foco consciente, hacia el cual converge toda la luz y de donde emana todo conocimiento... En cuanto al orden admirable que preside á la clasificación de estos diversos conocimientos, lo debemos á la inteligencia divina de Aquel que todo lo ha creado. El cerebro es una tapicería maravillosa, en la cual el Creador ha suministrado el cañamazo y nosotros llenamos todos los días las mallas.»

Vanos han sido los estudios anatómicos que los señores Vieg d'Azyr, Desmoulins, de Serres y otros han hecho para probar, que el hombre es un mono perfeccionado; inútiles los trabajos de Duvernoy, Owén, Huxley y Gratiolet en apoyo de tan aventurada suposición, que en el día forma aún las delicias de muchos sabios, porque el mismo señor Vogt en sus lecciones sobre el hombre no acepta semejante modo de ver, y el señor Gratiolet, á pesar de todo y después de haberlo meditado un poco más, la combate también y concluye consignando que «los hechos no permiten afirmar con fundada convicción sobre un estado personal y atento, que la anatomía ofrece alguna base á la idea tan vivamente defendida en nuestros días sobre el estrecho parentesco entre el hombre y el mono... La majestad divina del hombre, añade, resplandecerá algún día por este combate y entonces será invencible y triunfante.» Los señores Lubbock y Wallace para huir de semejante hipótesis, que, dígaslo lo que se quiera, ofende la dignidad humana, colocan al hombre en la época geológica llamada *eocena* ó *miocena*; y el mismo Huxley, uno de los sabios que con mayor entusiasmo defienden el darwinismo, no ha podido menos de declarar, que entre el hombre y el mono existe un abismo que jamás podrá llenarse. El sentimiento profundo que experimentó en la cima de los *Grands Mulets*, y la manera como lo describe, es digna de un sabio; y asegura que prefiere reconocer su ignorancia que dejarse caer en uno de los abismos abiertos á los piés de estos investigadores impacientes. ¿Qué más, no ha habido algún cándido que con inusitado entusiasmo ha preguntado, si la época actual era la continuación del período cretáceo?

Con una audacia sin ejemplo se manosea el respetable nombre del señor

Huxley para dar valor á ciertos conceptos transformistas. Es muy cierto que este sabio ha consignado lo siguiente: «Tengo certeza que del mono se ha pasado al hombre por un camino desconocido; pero la distancia que hoy los separa es un abismo.» Esta segunda parte del pensamiento se suprime muchas veces, con dañada intención, para buscar la influencia que da la autoridad de este sabio.

En verdad, que la grandeza y dignidad humana se sublevan ante tamaña extravagancia, la creencia y la fe religiosa y los futuros destinos del hombre se resienten; y por esta razón los sabios y los eruditos de todos los países y religiones se entregan afanosos á estudios serios y complicados para resolver los problemas que se relacionan con el origen del hombre y su primera aparición en la superficie de la Tierra.



*Semnopithecus entellus.*

Y no dejan de ser notables aquellas palabras de C. Vogt en su libro *Origen del hombre* dirigidas á Haeckel con gran oportunidad, si bien un poco fuertes para un correligionario. «Haeckel, dice Vogt, todo lo sabe; desde las primeras gotas de protoplasma homogéneo llega por una serie de evoluciones hasta el hombre. Desde la primer mónera hasta el hombre actual median 20 ó 22 clases ó tipos distintos de la vida (nueva clasificación de Haeckel): todos tienen su lugar y su nombre: los que faltan en realidad son suplidos por la imaginación. Ese árbol genealógico es completo, pero tiene un defecto, el defecto que tenía el caballo de Orlando; le falta la realidad, así como faltaba la vida al caballo del famoso paladín.»

Quizá al examinar con severa imparcialidad las doctrinas darwinistas no sería difícil notar, que este sabio ha estado bien distante de haber dicho muchas cosas que después se le han atribuido por sus partidarios. Nosotros hemos visto

oscuras medianías que plagiando algunos de los escritos del naturalista inglés, ó del antropologista alemán, han buscado con estas nuevas hipótesis dar un golpe de efecto para hacerse visibles entre la multitud ignorante, ó para adquirir una triste celebridad por sus ideas anticatólicas. Los mismos discípulos de Darwin han consignado de una manera terminante, que el origen simio del hombre, bajo cualquier punto de vista que se le considere, no puede aceptarse, y sobre todo, que no es posible conciliarle con los principios en que estriba la misma teoría evolucionista.

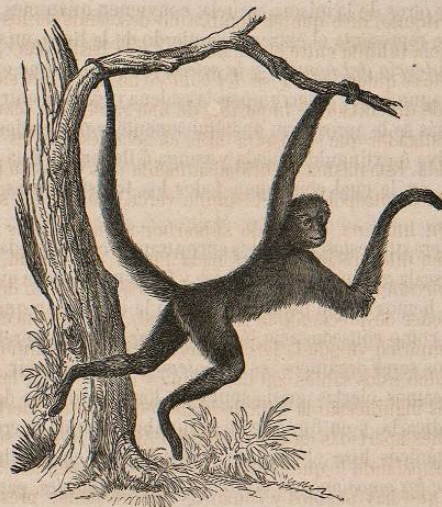
Hestíæus y W. Fones sostienen la unidad de origen de la humanidad, Hirn admite la unidad del reino hominal, el mismo Huxley en medio de un materialismo recalcitrante, dice que el hombre no desciende de los simios, y que hay una distancia infinita entre el ser humano y la bestia, etc.

Dígase lo que se quiera, *el origen del hombre* ha sido y será siempre un problema erizado de dificultades é imposible de una resolución plausible, cuando el espíritu investigador que se inspira en la ciencia desdeña las verdades de la Religión revelada. Esta misma oscuridad aumenta más y más su importancia, y separa á los sabios antropólogos del camino verdadero que les señala la fe católica y la razón humana, buscando subterfugios en sutilezas destituidas de fundamento y en interpretaciones que nada tienen, en verdad, de científico. La idea de los *preadamitas*, será en todos tiempos un delirio de atrevidos innovadores, quienes despreciando lo sobrenatural, vienen á encenagarse en un racionalismo empírico, donde la falsa ciencia ejerce un dominio absoluto.

¿Qué pretenden estos sabios con decir, una y otra vez, que las relaciones de algunos viajeros manifiestan la falta de ideas religiosas en ciertas tribus que viven en regiones apartadas en el interior del África? ¿Cuáles serán sus locas pretensiones, propalando lo que tantas veces se ha dicho en todos los tonos posibles, esto es, que hay pueblos y comarcas que no tienen presentimiento alguno de la vida futura, que carecen de las menores nociones de moralidad y están faltos del sentimiento de adoración y de toda idea de divinidad? ¿Y qué relación ni enlace tienen, preguntamos nosotros á la semiciencia, la mayor ó menor religiosidad de estos seres desgraciados, su pudor, su indolencia, ni su abyecta civilización, con el *origen de la humanidad*, que es el problema que se pretende resolver? ¿Ni para qué ha de servirnos en esta cuestión concreta, la síntesis histórica de las diferentes creencias religiosas, ni las evoluciones del sentido moral sin otro objeto preconcebido, que negar la realidad de los principios metafísicos y con ello la existencia del alma racional, cuando lo que pretendemos averiguar es, el verdadero origen del reino humano?

Ya en capítulos anteriores hemos dado á conocer y á la vez combatido todos estos errores y desvarios, ajenos, por cierto, á la seriedad é importancia del

problema que ha de señalar, siquiera sea de una manera hipotética, los ascendientes de la humanidad y su primera aparición en el planeta de la Tierra. Dejemos en paz á Brahma, Vichnou y Siva, descansen en sus orientales sepulcros, si es que estos entes tuvieron vida mortal, la tan zarandeada *trinidad* brahmánica, pasen ya como cosa juzgada por la crítica, por la historia y por el buen sentido, esas inspiraciones místicas de Zoroastro y Buddha, bien modernas por cierto, sobre las cuales la opinión de los hombres sensatos é ilustrados de nuestros días ha dado su fallo definitivo; porque una religión realmente verdadera debe ser y es inmutable, y sus dogmas fundamentales fuera de toda discusión



Atelaparus.

especulativa ó científica, según tenemos probado en la *Primera parte* de esta Obra.

¿Buscaremos el origen de la humanidad en la relación genesiaca, como enseña el Catolicismo? ó bien, ¿admitiremos la existencia de seres humanos anteriores á Adam y Eva, y luégo la creación de esta primera pareja tan sólo para el pueblo semita y judío? ó, en fin, ¿consideraremos al hombre como el resultado de la acción lenta y gradual en el tiempo, y como el producto de las leyes biológicas, según nos enseña la hipótesis transformista? En este caso el hombre sería el resultado de otras formas vivas, las cuales modificadas sucesivamente en el espacio y el tiempo por cambios lentos, graduales é imperceptibles, ha-

bria alcanzado todo su desarrollo, y seguiría aún su marcha á otro organismo superior en esa serie continuada, que se supone de una evolución indefinida.

Y entonces, ¿cuál será su próximo descendiente? ¿Qué formas distinguirán tanto en su exterior como en sus aparatos y funciones interiores, á esos seres inmediatos al linaje humano? Y ¿habrá un límite para esta evolución progresiva? ¿Cuándo empezaremos á conocer que algunos seres privilegiados ven con tres ojos, respiran también con tres pulmones ó tienen dos corazones ó uno con ocho cavidades para que den impulso á la circulación de cuatro clases de sangre y á los demás fenómenos fisiológicos de la economía humana viviente?... Los transformistas más rebeldes como Lubbock, Lyell, Vogt, Büchner, Huxley, Rolle y otros de la misma escuela, convienen unánimes, por conducto de Haeckel, que representa el extremo izquierdo de la línea, en su obra intitulada: *La descendencia del hombre y la selección sexual*, «que existen grandes é importantes lagunas que interrumpen la cadena orgánica entre el hombre y los seres que más se le aproximan anatómicamente considerados, sin que ninguna especie viva ó extinguida pueda y venga á llenarla.» Esta es una verdad incuestionable, en la cual convienen todos los transformistas, y que hemos dado á conocer.

Y como quiera que estos vacíos los encontramos con repetida frecuencia en la pretendida escala gradual que es la base y fundamento de la evolución transformista, como hemos hecho notar al lector en la exposición que venimos haciendo, resulta como consecuencia lógica y natural, que la pretendida escala progresiva de los seres orgánicos, es un *solemne mito*; es decir, que no existe, por más que veamos ciertas gradaciones en los organismos de otras épocas que parecen indicarla, y en fin, que en el hombre termina la creación.

Esfuerzos titánicos hizo el profesor Carlos Darwin en su libro intitulado: *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*, para sacar á flote su hipótesis transformista; y estos mismos esfuerzos son la prueba más evidente de su falta y carencia de fe científica en tan erróneas doctrinas, de que se constituyó maestro y propagador. Los tres principios que llama fundamentales, son los últimos sacudimientos de una lucha interna y terrible, entre la reputación del sabio que ha formulado una doctrina y fundado una escuela, hace años indicada, de la cual se considera su más legítimo y entusiasta defensor, y las contrariedades que á cada paso le presenta su saber profundo, su larga experiencia, y sobre todo el sentimiento de secta que constantemente bulle envuelto entre los pliegues del manto de la ciencia que le cubre.

Estos tres principios son: 1.º *La asociación de los hábitos útiles*; 2.º, *la antitesis*; y 3.º, *los actos debidos á la constitución del sistema nervioso completamente independiente de la voluntad y hasta cierto punto del hábito*.

Empero, seamos justos y obremos con lealtad científica, con verdadera independencia, y separados del espíritu de secta y de partido, que envuelva entre sus pliegues alguna idea política, y probablemente vislumbraremos alguna luz cuyos benéficos rayos dejen entrever algo de este oscuro y trascendental problema sobre el *origen del hombre*. El lenguaje mímico, al cual siempre hemos dado mucha importancia, no es de modo alguno peculiar á los animales, diga cuanto á bien tenga la escuela darwinista; pertenece exclusivamente á la humanidad, cualquiera que sea su civilización. Y lo mismo lo emplean para dar más valor y realce á la expresión el europeo ó el americano, que los habitantes de las islas de Andamán, los indios que viven cerca de Santiago en Méjico, los hotentotes y los bechuanas y australianos que nos ha dado á conocer el señor Bradley, siempre en la medida y proporción que corresponde á su esfera intelectual. Los gestos y las muecas del mono ó de cualquiera de los antropomorfos no son el lenguaje mímico; nada indican, nada representan, y es una ilusión como tantas otras, hija del entusiasmo científico, creerse que manifiestan sentimientos y emociones internas. El sabio interpreta á su placer todos estos movimientos, según sus simpatías para con los brutos.

El hombre con la mímica expresa los sentimientos de su alma racional, se eleva hasta la poesía más delicada, alcanza lo sublime, da á conocer las verdaderas emociones placenteras ó de desagrado que imperan en su espíritu, hasta el punto que los demás individuos semejantes suyos le comprenden perfectamente. Y como quiera que estos movimientos y estos juegos del sistema locomotor corresponden á una inteligencia superior á la materia inerte, de aquí que la mímica sea el complemento del lenguaje, que, como sabemos, sólo lo posee el reino hominal. No creemos que ningún hombre dedicado al estudio de esta clase de fenómenos más psíquicos que fisiológicos ó fisiólogo-psíquicos, presente como mímica el movimiento ó agitación de la cola del perro, el aleteo del gallo cuando persigue á la gallina, el vaivén del palomo durante sus arrullos y otra infinidad de movimientos que tienen los animales cuando se les molesta, se castigan ó están bajo la influencia de un instinto ó de un impulso natural; así es que el hostezo de los moños balbuínos, el erizarse el pelo, la agitación, el sudor, etc., nada tienen que ver con la mímica; por lo que respecta al hombre en aquel movimiento de desdén cuando *encoge los hombros*, indica solamente una desdeñosa indiferencia, que representa un juicio formado en otra región más noble y espiritual. La mímica, pues, es tan inteligible y expresiva que no hay una sola persona humana que deje de emplearla inconscientemente casi siempre y en la esfera de su inteligencia para dar vigor y realzar, deprimir, suplicar, amenazar, etc., hasta convencer á aquellos de sus semejantes á quienes se dirige.

Todos los movimientos hijos del instinto son fatales, como la causa á que deben su origen, y por lo tanto, innatos en la forma y manera que los dimos á conocer en el capítulo XIV; empero aquellos que se adquieren por la costumbre, ya hemos dicho que constituyen el *hábito*. Éstos pueden llegar á ser instintivos, y también olvidarse en absoluto y perderse para siempre en el animal.

Todos los días vemos animales que, por educación, ó por repetirles una misma cosa á cada instante, llegan á ejecutarla sin saber por qué ni cómo, y cuando sus dueños se hallan en el colmo de su entusiasmo dando á conocer tamañas habilidades, el animal por un incidente cualquiera huye de las caricias del amo, recordando tal vez el castigo y olvidándose de todos sus movimientos adquiridos.

Estas indicaciones unidas á otras muchas de la misma índole, que hemos dado á conocer en anteriores capítulos, nos conducen á establecer de un modo definitivo que las distintas razas humanas provienen de un mismo origen y descenden de una sola pareja, tal cual lo ha consignado la Religión revelada y nos lo enseña la Iglesia de Jesucristo. Nos parece que el honorable profesor inglés Sir Carlos Darwin ha aceptado esta misma opinión, aun cuando sus discípulos digan otra cosa.

Hay en el transformismo algunas excentricidades tan extraordinarias y diabólicas, que no se comprende cómo pueden tener cabida en la comprensión de personas indudablemente ilustradas. El hombre siempre ha aparecido con la estación vertical, que es la suya propia, porque su forma anatómica y sus funciones fisiológicas no le permiten otra cosa. El hombre no puede permanecer en la posición horizontal sobre sus cuatro extremidades, porque le faltan para ello órganos á propósito, y además la sangre afluiría á la cabeza. La alegría, que no ha de confundirse con la risa, le proporciona cierto aspecto simpático y cariñoso, y la risa un movimiento especial y particular de los músculos del rostro, que obedecen á un sentimiento del alma racional, lo mismo que en el placer y en la satisfacción.

Los animales podrán estar contentos, menear los labios, castañetear ó rechinar los dientes, mover su boca de esta ó aquella manera, para que el hombre interprete y diga con la mayor candidez que aquel sér irracional se está *riendo hasta desternillarse*; pero el bruto á nadie se lo dice, á nadie cuenta los motivos placenteros que son la causa de sus carcajadas, que por otra parte nadie oye.

Se dice también que el llanto comenzó en el hombre, cuando los órganos de la circulación y de la respiración y los músculos peri-oculares adquirieron todo su desarrollo. El error de siempre. El hombre, lo repetimos una vez más, salió perfecto de las manos del Creador; y si ha habido seres cuyos órga-

nos y aparatos no eran del todo iguales, tanto en su construcción anatómica como en sus funciones fisiológicas, á los del hombre, claro está que por estos solos hechos no eran personas humanas y estaban excluidos del reino homínal. La paleontología no nos ha presentado ningún individuo de los que comprende el estudio de la zoología, que pueda calificarse de hombre incompleto, y es un absurdo suponer que los aparatos respiratorio y circulatorio fuesen incompletos, lo mismo que los músculos peri-oculares faltos de desarrollo, lo cual implica también esta misma imperfección en otros centros como el nervioso, y no obstante el transformismo insiste en dar el nombre de *sér humano* á semejantes monstruosidades, que ciertamente no han existido sino en la fantasía de los evolucionistas.

Otra extravagancia de esta escuela, que sólo citamos por su originalidad y rareza, consiste en suponer que el hombre no comenzó á llorar sino cuando ya llevaba mucho tiempo de peregrinar sobre la tierra, y por supuesto, andando de cuatro piés. Entonces, ¿para qué sirven aquellas dos glándulas llamadas lagrimales? ¿Para qué el corazón? ¿Para qué el tejido nervioso? ¿Para qué, en fin, el cerebro que le pone en comunicación con el espíritu racional? ¿Estaba el hombre completo, como nos enseña el Génesis y describe la ciencia? ¿Funcionaban sus órganos y aparatos?... Si las funciones, tanto fisiológicas como psicológicas, seguían su marcha natural dentro del círculo científico del organismo humano, el hombre primitivo, el hombre de aquellos remotos tiempos, lo mismo que los hombres que han venido después, debió enfurecerse, luchar, estar alegre, triste, sentir pena y dolor y *llorar*; porque en su propio sér tenía todos los elementos morfológicos, anatómicos, fisiológicos y espirituales para manifestar con las *lágrimas*, que bien á pesar suyo y sin necesitar de su permiso ó aquiescencia se elaboraban continuamente, los pesares que le afligían, las penas que le oprimían el corazón, y los sinsabores y desgracias que le agobiaban. Si le faltaba alguno de estos órganos ó aparatos, no podía ni debía considerarse como un sér humano. Y vea, pues, el señor Haeckel, como, aun cuando la suerte le deparase á su soñado *hombre-mono*, tampoco su transformismo quedaba probado, porque atendida la complicación de la máquina deberían ser infinitos los grados de transición entre el antropóideo y el hombre-mudo, y muchos más para llegar al hombre perfecto.

Mucho trabajo ha debido costarle al profesor Darwin dar una explicación, siquiera aceptable, sobre estos sentimientos de vergüenza, de modestia, de empacho y de pudor, que designamos colectivamente con la palabra *rubor*. Para este sabio se afecta el sistema vaso-motor de la cara, donde hay aflujo de sangre y se suben los colores al rostro, como decimos vulgarmente. Y como



aquellas pobres gentes, que el doctor Monnat observó en las islas de Andaman y en otras comarcas, no conocían, al parecer, el pudor, la vergüenza, ni la moralidad, es evidente que estos desdichados se hallan, por desgracia, en un estado excepcional que hasta cierto punto los separa de los demás seres humanos. No sabemos el grado de certeza y exactitud que merecerán semejantes noticias, pareciéndonos natural que si una persona extraña dirige su vista sobre una parte del cuerpo de otra persona, ó se fija en un determinado órgano, ha de afectarse por necesidad el pudor ó la vergüenza del observado, aun cuando el observador no vea si el rostro ha adquirido el color sonrosado del europeo; pero le verá, sí, aumentar el sudor de la cara, bajar la vista y mover las manos como aquel que pretende ocultar alguna cosa. El rubor en los negros no se manifiesta por el tinte colorado que produce el aflujo de sangre en los capilares del rostro... Cuidado, señores viajantes y sabios observadores, que también fueron preconizados con mucho ruido los hombres con cola y otras monstruosidades más ó menos repugnantes, que con la mejor buena fe se consignaron en libros de mérito bajo la salvaguardia de un nombre respetable, y luego todo ha resultado inexacto. Todo esto nada tiene de extraño, está encarnado en la índole de muchos de aquellos que se lanzan á buscar maravillas y extraordinarias rarezas, que muchas veces se forjan en su imaginación, creando entes que no existen, describiendo costumbres bárbaras y obscenidades brutales. Y se crearían desairados y mirarían su viaje como estéril é infructuoso si no presentarían algo raro y estrambótico para llamar la atención del mundo ilustrado.

Las clasificaciones son el producto de la observación para facilitar el estudio, porque, como tenemos manifestado, la Naturaleza no ha hecho clasificación alguna. Ya se comprenderá fácilmente que no vamos á discutir sobre las ventajas ó los inconvenientes de estos métodos de enseñanza; pero entre las variadas clasificaciones que se han dado á conocer en historia natural, sobre todo en zoología y con especialidad en el reino hominal, que para algún sabio alcanzan hasta 73 especies, es digna de llamar la atención la del señor Ernesto Haeckel, por ser la más moderna y al parecer la que ha llenado las aspiraciones de sus amigos y correligionarios. Empero, en medio de su transformismo recalcitrante no puede menos de declarar paladinamente que *ninguno de los antropóideos actuales puede considerarse como el progenitor del hombre*. Y adviértase que al propio tiempo confiesa también que *numerosos hechos inducen á suponer que la cuna de la humanidad ha debido ser un continente, que habiendo desaparecido en el fondo de los mares unía el Sur del Asia con el Sudeste del África, siendo un resto la isla de Madagascar*. En resumen, el hombre para estos sabios que reniegan de la metafísica, siendo así que nadie les aventaja en suposiciones, posibilidades y conjeturas, el hombre, decimos, tiene por ascendiente

un antropóide *que no existe* y no hay señal alguna de que haya existido jamás; y este hombre ha nacido, según estos señores, en una tierra que *tampoco existe* y se supone sumergida en el fondo de los mares. Esto es lo que en definitiva nos regala el transformismo como verdades bien probadas, como axiomas indiscutibles... ¡Y á esto se ha atribuido por alguno *trascendental importancia* no para interpretar *científicamente* algunos hechos en particular, sino hasta para constituir una doctrina que explica y da razón (¿el transformismo?) de *todos* los hechos biológicos desde los más sencillos á los más complicados!...

De todos modos es lo cierto, que estas suposiciones y conjeturas tan absurdas como arbitrarias para buscar un origen al hombre, constituyen el fondo principal de un credo científico, de una ciencia eminentemente experimental basada en la observación directa, material y tangible, y en los estudios prácticos y cotidianos del laboratorio y de los gabinetes de disección. ¿Será posible que sabios de la talla y respetabilidad de los señores Huxley, Wogt, Broca, Bernard, Burke, Wirchow y tantos otros no menos ilustres puedan aceptar una hipótesis sostenida por meras *suposiciones* y *posibilidades*, que nada justifican ni ofrecen dato cierto alguno en que apoyarse? Yo, señores transformistas, soy ya muy viejo, confieso que en mi juventud tuve mis ilusiones, y después de cuarenta años que voy siguiendo los pasos todos de este desarrollo científico, confieso francamente que en toda esta controversia sólo veo, en última consecuencia, un espíritu de secta en contra del Catolicismo. Estudiad con calma todos y cada uno de los propagandistas, y luego decidme si estoy en lo cierto ó si me equivoqué: declaro que jamás he sido exclusivista.

El señor Haeckel encuentra que las condiciones del período *laurentino* ó *lauréntico*, fueron las más convenientes para que los elementos inorgánicos oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno (ázo), pudieran combinarse y dar origen á los primeros grumos albuminosos (albuminóideos) ó protoplasmáticos, que en opinión de este profesor deben ser semejantes á los móneros que viven en la actualidad, entre los cuales se halla la *Protamæba primitiva*. Luego, continúa el profesor Haeckel, por un trabajo incesante de diferenciación nacieron las primeras células simples, constituidas por una pequeña masa de protoplasma con su núcleo; y estas células, segmentándose y multiplicándose, se dispusieron y arreglaron en órganos diferentes y se localizaron las funciones, pasando sucesivamente desde el grado primero ó *mónero* al de *amiba*, en seguida al de *synamiba*, después al de *planeada*, al de *gastrula* después, *turbellaria*, *scolecida*, hasta alcanzar el grado octavo representado por los *himategas*; como si dijéramos haber conseguido por una intervención sobrenatural especies de gusanos sacciformes ó colomatos parecidos á los tunicados y á las larvas de las jóvenes ascidas, que ya están provistas de un ganglio nervioso,